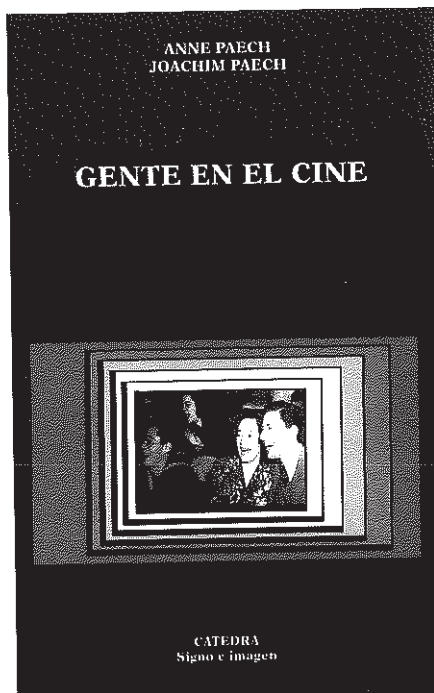


■ PAECH, Anne y Joachim, *Gente en el cine*, Madrid, Cátedra, 2002.

*Tatiana Aragón Paniagua.*

A menudo, evocamos en nuestra mente el recuerdo de una película que alguna vez vimos en el cine. Sin embargo, nos sorprendemos en varias ocasiones al darnos cuenta de que no es el film en sí mismo lo que vuelve a nuestra memoria, sino todas aquellas circunstancias que, de los tipos más variados, y completamente ajenas a la película, rodearon nuestra experiencia allí: si fuimos acompañados, recordaremos con toda probabilidad a la persona o personas que compartieron con nosotros la velada; si fuimos solos, quizá podamos evocar los sentimientos que aquel día nos llevaron a refugiarnos en la oscuridad iluminada de la sala; con toda seguridad podremos también recordar a la sala misma, a nuestro vecino de butaca, o al grupo de chavales ruidosos que se sentaban en las filas del fondo; De la misma forma, estas impresiones de nuestra memoria vuelven a nosotros cuando escuchamos la partitura cinematográfica de aquella película que vimos, o cuando contemplamos de nuevo aquel plano o escena que tanto nos emocionó, quedando fijado en nuestra retina para siempre.

Probablemente, hayamos experimentado también más de una vez, como la película que contemplamos hace que nos identifiquemos con la estrella protagonista, nos enamoremos de ella, o nos sintamos aludidos por la acción del film o por alguno de sus personajes. Cuando esto ocurre, podemos llegar a aceptar la



realidad ficticia propuesta por el medio cinematográfico (en la mayoría de los casos, una realidad muchísimo más deseable que la nuestra propia) como auténtica, de forma que la película nos convierte en parte de ella misma, y adquiere ante nuestra percepción la forma de un sueño -o pesadilla- fascinante.

Efectivamente, el cine, como producto paradigmático de la cultura de masas, estableció desde el momento mismo de su nacimiento, una estrecha relación con el espectador que jamás se rompería. Durante más de un siglo, personas de todo tipo, edad o condición fueron al cine para experimentar con él todos aquellos sentimientos, miedos, o deseos, que venían determinados por las circunstancias sociales e históricas de cada período y lugar. En ocasiones, se iba al cine para

soñar, para olvidar una realidad dura, o para buscar en él la soledad, la compañía, el entretenimiento, o la experiencia estética. Pero también se iba al cine para comer y beber ante la pantalla, para dar rienda suelta a la decepción o la violencia, para saciar la sed visual del *voyeur*, o simplemente, porque no había otra cosa que hacer.

Así pues, y de forma paralela a la convencional historiografía cinematográfica, es posible trazar una Historia del Cine en el que éste sea tratado en términos de vivencia. Esta idea se materializa en el libro de Anne y Joachim Paech, *Gente en el cine*, en el que no tanto las películas, sino las salas donde éstas eran proyectadas, y no tanto los directores y actores, sino los espectadores, y sus reacciones y comportamientos ante aquellas, se convierten en los verdaderos y reveladores protagonistas.

De este modo, los autores desarrollan un discurso que, en riguroso orden cronológico, recorre la historia del cine, desde sus inicios, como espectáculo de feria, hasta el momento actual, en el que, en el contexto de la Posmodernidad, éste vira hacia sí mismo para evocar su pasado nostálgico (y con él, el nuestro propio) por medio de la auto-cita. En este recorrido, los autores exploran con gran profundidad psicológica las interrelaciones, que en cada momento, el medio cinematográfico entabla con sus espectadores, analizando al mismo tiempo el contexto socio-cultural e histórico que determinaron a éstas.

Así, dividiendo su obra en capítulos temáticos que respetan el orden cronológico de los acontecimientos históricos, los

autores llevan a cabo un interesantísimo recorrido por la Historia del Cine, en el que se profundiza en el modo en el que éste era experimentado como vivencia por parte de sus espectadores. De esta manera, recordamos aquella época en la que el cine formaba parte de los programas de variedades y *music-hall*, y los espectadores se reconocían a sí mismos en las vistas que los Lumière o sus operadores, habían tomado de la ciudad; recordamos igualmente como fueron surgiendo las primeras salas de proyección, anunciando éstas el futuro espectáculo ritual de la colectividad que triunfaría años después; también las grandes consecuencias, que sobre la percepción del espectador, traería consigo la transición del cine mudo al sonoro; recordamos el papel del cine como arma de manipulación ideológica, propaganda, o instrumento de evasión durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial; recordamos el cine como reflejo especular de la vida y de las personas que en él aparecen; el cine como fascinación de la mirada y de la percepción, como ensoñación que nos envuelve y absorbe; el cine como válvula de escape de las inquietudes y preocupaciones durante los años de la posguerra; el cine como reflejo y prolongación del miedo cotidiano a través del género de terror; el cine como responsabilidad del proyeccionista, que se convierte en el auténtico intermediario entre aquel y su público; el cine como templo y religión de nuestra contemporaneidad, dado su carácter ritual y su poder de fascinación; el cine como parte inolvidable de la vida de los cinéfilos de la *Nouvelle Vague*; el cine como mundo que se prolonga más allá de la bidimensionalidad de la pantalla; y finalmente, el cine como actividad que se extingue ante el ascenso

desenfrenado de nuevas formas de entretenimiento, que provocan la desaparición de las salas como lugar de encuentro fascinante entre la experiencia vital de cada persona y la experiencia mágica de la percepción de lo irreal.

Para llevar a cabo esta labor, recurren a multitud de fuentes que revelan e ilustran muchos aspectos de esta particular relación entre gente y cine: crónicas de la época (como la célebre de Máximo Gorki), artículos periodísticos, obras teóricas sobre cine, memorias de ilustres personajes de la cultura del siglo XX, pero sobre todo, obras literarias, y como no, las propias películas. En éstas, los argumentos de ficción reflejaron con mucha frecuencia y gran veracidad, estas vivencias provocadas por el cine; pero además, algunas de ellas llevaron a cabo interesantísimos ejercicios de auto-exploración sobre la propia naturaleza cinematográfica y sobre su enorme poder de fascinación (es el caso de films como *El moderno Sherlock Holmes*, con Buster Keaton, *La rosa púrpura del Cairo*, de Woody Allen, o *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore). Aquellas, en cambio, después de haber sido una de las más importantes influencias con las que el cine contó en sus inicios, se convirtieron en observadoras de aquél y de sus espectadores, obteniendo muchos de sus temas de la relación que se establecía entre ambos; así, autores como Marguerita Duras, Thomas Mann, Jean-Paul Sartre, Vladimir Nabokov o James Joyce, retratan a estos espectadores cinematográficos, influenciados igualmente por las propias experiencias que ellos mismos vivieron en los cines. Estas fuentes literarias y teóricas comentadas, son reproducidas en el libro, de modo que el

lector pueda acercarse a ellas de forma directa.

Como ilustración a éstas, la obra hace uso de multitud de fotografías, en su mayor parte fotogramas de los films comentados, en las que quizá se echen de menos sus correspondientes pies de ilustraciones que nos permitan identificarlas con más facilidad. Igualmente, debe ser advertido el hecho de que el libro se centre en un ámbito de estudio que otorga una mayor atención a crónicas y fuentes de la cultura alemana, quizá poco conocidos por un lector que no es alemán, aunque los datos y la información que aporta son fácilmente extrapolables a un campo más generalizado, y en varias ocasiones se hace referencia a películas, autores o situaciones culturales en un ámbito universal.

De cualquier modo, estamos ante un magnífico y esclarecedor estudio que, como ya comentamos, se apoya en una sólida base bibliográfica, teórica y literaria, que es citada en todo momento; en relación a ello podemos comentar la particularidad de que las notas se integren en el propio texto, y no se dispongan a pie de página, lo que permite una lectura más fluida. El libro cuenta además, con una extensa y amplia bibliografía, en la que figuran las ediciones de las obras teóricas y fuentes en el idioma empleado, pero acompañadas de la cita bibliográfica de su edición española si la hay. Igualmente, también son citadas en su edición española los clásicos de la literatura universal a los que se han recurrido, destacando la cuidadosa actualización de éstas, y de toda la bibliografía en general. Completan la obra sendos índices de películas y nombres, y un prólogo de los au-

tores, dedicado específicamente a la edición española del libro.

Para concluir señalamos cómo la obra ofrece un profundo y completo estudio sobre el tema, y su lectura, que en ningún momento llega por ello a la complejidad, es enriquecedora y satisfactoria. Historiadores del Cine y del Arte, y expertos en el campo de la Comunicación o la Sociología hallarán en ella una obra imprescindible para conocer la interrelación que

el cine mantuvo con sus receptores. Igualmente, cualquier lector interesado en la historia del siglo XX, o en el cine, y muy particularmente si se trata de un cinéfilo, encontrará en este libro una completa información sobre uno de los temas más bellos en torno al estudio del medio cinematográfico: el que profundiza en el aspecto "mágico" e ilusorio que éste siempre integró, y aún hoy lo sigue haciendo, en la propia naturaleza de su representación.